

Thomas E. Ricks

CHURCHILL Y ORWELL

La lucha por la libertad



PENÍNSULA **HUELLAS**

Churchill y Orwell

Thomas E. Ricks

La lucha por la libertad

Traducción de Antonio Lozano

ediciones península

Título original: *Churchill and Orwell*

© Thomas E. Ricks, 2017
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2018

© de la traducción del inglés: Antonio Lozano Sagrera, 2018

Iconografía: Grupo Planeta

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, son de dominio público.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
c.p.i. - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 13.206 - 2018
ISBN: 978-84-9942-378-4

ÍNDICE

1. Los dos Winston	11
2. Churchill, el aventurero	17
3. Orwell, el policía	39
4. Churchill: sin blanca en los años treinta	67
5. Orwell se convierte en Orwell	93
6. Churchill se convierte en Churchill	117
7. Luchar contra los alemanes, aguardar a los estadounidenses	149
8. Churchill, Orwell y la lucha de clases en Gran Bretaña	169
9. Estados Unidos entra en escena	197
10. Visiones sombrías del mundo de posguerra	217
11. <i>Rebelión en la granja</i>	229
12. Declive y auge de Churchill (y Gran Bretaña)	247
13. La revancha de Churchill	275
14. Auge y declive de Orwell	287
15. El retiro prematuro de Churchill	307
16. La extraordinaria ascensión de Orwell	315
 Epílogo: El camino de Churchill y Orwell	 339
 Agradecimientos	 347
Notas	351
Índice analítico	417

LOS DOS WINSTON

El 13 de diciembre de 1931, un político inglés de cincuenta y siete años, todavía miembro del Parlamento pese a las escasas simpatías que despertaba entre las filas de su propio partido, bajó de un taxi en la Quinta Avenida de Nueva York.¹ Se encontraba en la ciudad para empezar una gira de conferencias con el fin de recuperarse de la pequeña fortuna perdida a raíz del derrumbe bursátil acontecido dos años antes. El hecho de ser inglés, y distraído quizá por las preocupaciones, le llevó a mirar al lado equivocado de la calle. No vio acercarse un automóvil que circulaba a cincuenta kilómetros por hora, el cual lo arrojó al suelo y lo arrastró unos metros, con el resultado de algunas costillas rotas y una fractura de cráneo. En caso de haber fallecido, hoy sería recordado por un puñado de historiadores especializados en la Gran Bretaña del siglo xx.

Casi seis años después, el 20 de mayo de 1937, otro inglés se despertó antes del amanecer y salió del incómodo barracón que ocupaba en una trinchera. Se encontraba en el nordeste de España, no muy al sur de los Pirineos, dentro de las líneas avanzadas del frente de la guerra civil. Pese a su uniforme de soldado, en realidad era un escritor menor, responsable de una

serie de novelas mediocres que apenas se habían vendido. Se consideraba una persona de izquierdas; pero, con su último trabajo, un estudio sobre la pobreza en Inglaterra en el que convergían el periodismo y la sociología, había despertado cierta controversia y quizá perdido algunos amigos al criticar a los socialistas. De todas maneras, en España luchaba en el bando de las fuerzas socialistas que defendían los intereses del Gobierno republicano. Mientras avanzaba por las trincheras encaradas al oeste para comprobar el estado de los miembros de su batallón, su silueta —era un hombre muy alto— quedó recortada por el sol, que se elevaba a sus espaldas, por el este. Un francotirador del bando nacional, situado a unos ciento sesenta metros, lo tuvo en su mira y le disparó un proyectil de siete milímetros bañado en cobre.² El tiro fue tan preciso que la bala le entró por la base del cuello, y fue un milagro que no le seccionara la arteria carótida. El soldado cayó al suelo aturdido. Sabía que lo habían alcanzado, pero la conmoción le impedía discernir dónde. Cuando le dijeron que le habían atravesado el cuello, se dispuso a morir en cuestión de minutos ya que no tenía constancia de nadie que hubiera sobrevivido a una herida semejante. En caso de haber expirado, hoy solo sería recordado por un puñado de especialistas en novelistas ingleses de segunda categoría de mediados del siglo xx. Pero no murió. Su nombre era Eric Blair, y su seudónimo, George Orwell.

A primera vista, los dos hombres eran muy diferentes. Churchill era más robusto en todos los sentidos de la palabra. Nacido veintiocho años antes que Orwell, vivió quince más. Sin embargo, en algunos aspectos cruciales se comportaron como almas gemelas. Durante unos años clave a mediados del siglo xx, coincidieron en abordar cuestiones de gran relevancia: Hitler y el fascismo, Stalin y el comunismo, el sometimiento de Gran Bretaña a Estados Unidos. Compartían cualidades y herramientas: el intelecto, la confianza en sus juicios —inclu-

so cuando eran rechazados por la mayoría de sus contemporáneos— y un dominio superlativo de la palabra. Además, se guiaban por los principios fundamentales de la democracia liberal: la libertad de pensamiento, de expresión y de asociación.

Sus caminos nunca se cruzaron, pero se admiraron desde la distancia.³ George Orwell llamó «Winston» al héroe de *1984*. Churchill declaró públicamente haber disfrutado tanto de la novela que la había leído dos veces.⁴ Pese a todo lo que los separó, su compromiso prioritario con la libertad del individuo les otorgó una causa común. Y no hay duda de que fueron hombres muy diferentes, con trayectorias vitales muy distintas. La marcada extroversión de Churchill, sus dotes oratorias y el heroico esfuerzo defensivo de su país en tiempos de guerra lo convirtieron en la cabeza visible de un triunfo colectivo que ha moldeado el mundo actual en gran parte. La personalidad crecientemente flemática e introvertida de Orwell, combinada con un feroz idealismo y un celo por la rigurosidad en la observación y la escritura, hicieron de él un escritor que luchó por preservar el espacio del individuo en ese mismo mundo.

Un riesgo inherente a estudiar en paralelo ambas figuras es la omnipresencia de Churchill. Si uno se fija en cualquier acontecimiento determinante de la década de 1940, ahí está él, ya sea participando directamente, manifestándose al respecto o, al cabo de unos años, escribiendo sobre ello. En cierta ocasión, un miembro del Gobierno británico se quejó de que debatir con Churchill era como hacerlo «con la sección de percusión de una orquesta».⁵ El filósofo político Isaiah Berlin apuntó que Churchill veía la vida como si se tratara de un desfile en el que él abría la marcha.⁶ «Debo confesar que me gustan los colores vistosos —escribió Churchill una vez—. No puedo fingir imparcialidad en lo que a los colores se refiere. Me regocijan los brillantes y me provocan una pena genuina los apagados.»⁷

A mediados del siglo XX, ambos hombres fueron de la mano a la hora de encabezar la respuesta política e intelectual a las dos mayores amenazas totalitarias: el fascismo y el comunismo. El día en que Gran Bretaña entró en la Segunda Guerra Mundial, Churchill declaró: «Analizada intrínsecamente, hablamos de una guerra en la que se nos conmina a esculpir en granito los derechos del individuo, así como una guerra para fijar y restablecer la estatura del hombre».⁸ Dos años después, Orwell recurrió a su estilo más directo para formular la misma idea cuando se lamentó con estas palabras: «Vivimos en unos tiempos en que la autonomía del individuo está dejando de existir».⁹

Orwell y Churchill coincidieron en reconocer que, en el fondo, la cuestión más determinante del siglo no era quién controlaba los medios de producción, de acuerdo a lo que pensaba Marx, ni cómo funcionaba la psique humana, según predicaba Freud, sino cómo preservar la libertad del individuo en una era en la que el Estado se inmiscuía de forma acentuada en su vida privada. El historiador Simon Schama los ha descrito como los arquitectos de su tiempo.¹⁰ Según sus palabras, fueron «los aliados más improbables».¹¹ Su causa común fue frenar el ascenso de la ola de crímenes de Estado que comenzó en las décadas de 1920 y 1930 y alcanzó su cenit en los años cuarenta.

Un día, en la década de 1950, uno de los nietos de Churchill asomó la cabeza por el despacho del anciano. El niño le preguntó si era cierto que él era el hombre más importante del mundo. En su estilo característico, Churchill le respondió: «Sí, y ahora lárgate».¹²

Hoy en día, la teoría histórica del «gran hombre» está muy desacreditada. Pero en ocasiones los individuos sí tienen un gran peso. Tanto Churchill como Orwell dejaron una profunda huella en el modo en que vivimos y pensamos en la actua-

lidad. No cabe atribuirles el Occidente próspero y liberal de posguerra —el del crecimiento económico sostenido y la firme expansión de la igualdad de derechos para las mujeres, los negros, los homosexuales y las minorías marginadas—, pero sus esfuerzos ayudaron a establecer las condiciones políticas, materiales e intelectuales que lo hicieron posible.

Llevaba mucho tiempo admirándolos por separado hasta que, durante un descanso en la cobertura de la guerra de Irak, se me entrelazaron cuando empecé a estudiar la guerra civil española de 1936-1939. Al documentarme sobre el papel de Orwell, descubrí que tanto él como Churchill habían ejercido de corresponsales de guerra, igual que yo en aquellos momentos. Orwell cubrió la guerra civil española y participó en ella, y Churchill desempeñó una doble labor similar durante la guerra de los Bóers de 1899-1902.¹³

¿Quiénes fueron esos hombres? ¿Qué argumentos esgrimieron para preservar el espacio del individuo en el mundo actual? ¿Y cómo llegaron hasta esas posturas?

Este libro se centra en la fase troncal de sus vidas, las décadas de 1930 y 1940. El núcleo de las historias de ambos coincide en un mismo período crucial, desde el alzamiento de los nazis hasta las secuelas de la Segunda Guerra Mundial. Durante este lapso, aunque muchos de sus pares abjuraron de la democracia al considerarla un fracaso, ninguno de los dos perdió de vista el valor del individuo en el mundo y todo lo que esto significa: el derecho a disentir de la mayoría, incluso a equivocarse de forma reiterada, a desconfiar del poder de la mayoría y la necesidad de aceptar que los altos mandos pueden equivocarse (sobre todo cuando quienes están en el poder creen firmemente tener razón). Orwell escribió en una ocasión: «Si la libertad significa algo, es el derecho a decirle

a la gente lo que no quiere oír». ¹⁴ Para él esto incluía, sobre todo, aquellos hechos que se resistían a aceptar. Toda su vida combatió por este derecho en particular.

Churchill contribuyó a otorgarnos la libertad de la que disfrutamos hoy. Las reflexiones de Orwell en torno a la libertad moldean el modo en que la entendemos en la actualidad. Sus vidas y sus obras merecen una mejor comprensión dentro de este contexto. A cambio, nosotros entenderemos mejor el mundo en que vivimos y quizá estemos más preparados para hacerle frente, igual que ellos lo estuvieron con el suyo.

Saltemos ahora a sus años de juventud, cuando comenzaban a labrar el camino que determinaría sus vidas.